

Cuentos (selección)

Tabane Sosa
(Uruguay)¹

Antropofagia

Hermosísimos cuerpos yermos, adorables rostros con las cuencas vacías, bocas mudas.

—¡Sos una puta estúpida! Resonaba en cada final.

Y la carcajada estrepitosa arremetía en ellos comiendo sus carnes crudas. Nadie sabía cómo ella sabía a las palabras.

No era un libro abierto, ni una flor que florecía, ni una válvula. Era simplemente una mujer cuyo sexo ardía ante las palabras. Y todo lo engullía.

Amaba a todos tan profundamente que en cada conversación se embarazaba, paría sus hijos, se los criaba, les servía, era una verdadera ama de casa (como nunca había podido ni querido serlo). Cada vez era igual, se vaciaba, ofrecía todo, vivía una vida entera en cada encuentro. Lamía lentamente sus cerebros y, en ocasiones, los devoraba.

Al final se marchaba, llena de historias, de vida, complacida.

1. Profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas y estudiante avanzada del profesorado de Idioma Español en el mismo Instituto. Se desempeña como docente en el Consejo de Educación Secundaria, tanto en el ámbito público como en el privado. Ha sido expositora en diversos eventos académicos como el Coloquio Internacional de Literatura Fantástica en varias ediciones, en las Jornadas de Investigación y Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (2015), en Jornada del Colectivo de Investigación Teatral realizada en Teatro Solís (2018). Ha publicado artículos académicos en las revistas *Tenso Diagonal* (Uruguay) y *Quadrata* (México), así como una reseña y un cuento. Forma parte del Grupo de Investigación de Literatura Fantástica Uruguaya dirigido por el Dr. Claudio Paolini.

Génesis

No sabía, o al menos no tenía la certeza, de cuánto pesaba el azar en su vida, o en la vida. No dedicaba mucho tiempo a pensar en ello; a propósito. Quería evitarlo, necesitaba evitarlo. Porque pudiera ser que la vida se transformara solo en azar o, peor aún, que la idea misma de azar se ligara directamente al destino, configurando una paradoja que, aplicada a la vida, la ponía en el punto exacto del sin sentido.

Lo cierto es que ese día decidió (no sabe bien por qué) leer el cuento que hacía tantos años ansiaba, era uno de los mejores cuentos (y esta apreciación se debía a los muchos trabajos que había leído al respecto) de una de sus, o de su, escritora favorita. La trama, referida en varios artículos, resultaba de lo más atrayente, provocadora, socavante. Un negro prófugo por asesinato, se resguarda en una casa en ruinas y allí la Virgen María baja del altar y tiene un encuentro erótico con el negro. Esto era lo único que sabía del cuento. Y aunque era una ávida lectora de la obra de esta escritora, ese cuento estaba entre los pendientes ya que su ópera prima era la que más había cautivado su atención, tornándose en libro de cabecera, al que volvía de manera constante, como suele suceder con esos textos que se constituyen en verdaderas biblias, como el del Cronopio Mayor.

La cuestión es que, habiendo conseguido la edición de Cuentos Completos de la pandense, el libro quedó, como tantos, un tiempo prudente, aunque determinado por la dinámica cotidiana, como para constituir su lugar en la biblioteca, un lugar de rápido reconocimiento visual, de manera que captara la atención a la menor pasada de vista, estrategia que utilizaba para algunos libros, y así evitar que cayeran en el espacio sin tiempo de los objetos/fetiches poseídos.

Cuando por fin, el deseo despierto por el permanente contacto visual logró su efecto, el tiempo de lectura apareció. Fue ese día y no otro, sin importar si había detrás de la elección una causa oculta, un destino, o el mismo azar. Tomó el libro y pasó por encima el numeroso estudio sobre la obra para ir directo al índice. Hallada la página, comenzó a leer. Y aunque ya sabía que la anécdota de un texto nada tiene que ver con su calidad (la anécdota en este caso era particularmente atractiva y ya daba cuenta de su calidad), transitar por esa narrativa tan característica y extraña cada vez, lo confirmó, a la vez que derritió (como el negro a la virgen) todo intento de análisis erudito volviendo carne el goce estético. Así es que no podía dejar de pensar en el negro, pero no como consecuencia de un estudio formalista del personaje creado, sino como ser, como sujeto real, como ser humano doliente y sufriente. El negro también cobró vida para ella.

Los días previos, habían sido los últimos del verano. El otoño había hecho su entrada de manera drástica. Y la calidez del sol se esfumó en un día cubierto de nubes gris plata, un día demasiado calmo, con una lluvia monótona, exasperantemente monótona. Un día que se metía a prepo pero sigilosamente en el ánimo.

En esa quietud de la ciudad y del espíritu, una imagen captó su atención. Pero no significativamente, la atención estaba en el grado mismo de la monótona calma de la ciudad y su ánimo. Así que simplemente posó la mirada allí. Sin embargo, y a pesar de que no hubo verdadera mirada, asociaciones o interpretaciones de ningún tipo, no era común en ella detener la mirada en una imagen. La ciudad estaba tan atiborrada de imágenes que todas formaban un conjunto homogéneo a sus ojos, no había nitidez, no había casi delimitaciones entre una y otra. Apenas se constituían en una masa informe de colores entremezclados que terminaban siendo grises, como cuando el niño, harto ya de los cilindros de colores perfectamente delimitados de la plastilina, harto ya de la inclinación del ser humano, incoherente y separatista que divide y sectoriza todo ámbito del conocimiento, los une en una bola integral y absoluta.

Pero su mirada se había detenido allí, aunque aún no veía. La masa informe comenzó a adquirir cierta nitidez, hasta convertirse en una imagen perfectamente delimitada y aislada del resto. Seguramente algo en ella la había vuelto visible a sus ojos, algo la diferenciaba. ¿Era algo propio de la imagen lo que la tornaba visible de entre el resto o era algo que estaba en ella, en su mirada? Lo cierto es que en la imagen había un negro. El hombre estaba sentado, y el ángulo de la fotografía focalizaba en sus rodillas volviéndolas prominentes y apuntando desde ese ángulo inferior hacia el resto del cuerpo. Una mano provista de dedos gruesos, de agarre firme sostenía a la altura de su cuello, y tapando parcialmente su hombro derecho, la hoja de un libro. Desde el margen inferior derecho de la hoja se expandía un semicírculo provocado por un fuego casi imperceptible que devoraba la hoja, y que de no ser por el momento capturado por la cámara la hubiera devorado de un solo lengüetazo. Una humareda sutil formaba una suerte de velo sobre la cara del negro que no impedía, sin embargo, apreciar una sonrisa indefinible. Esa sonrisa indefinible la inquietó.

Absorta, intentaba sin éxito hallar la palabra que pudiera calificar esa sonrisa.

Entonces la imagen cobró relieve, y el negro le habló.

Podía sentir cómo su voz la atravesaba.

Qué extraña manera de mirar.

¡Lo extraño es que me hables!

¿Te sorprende?

Y... nunca me había hablado un cartel.

Capaz que nunca miraste.

¿Quién sos? No entiendo qué está pasando.

¿No sentiste el calor?

¿Qué calor?

Solo en el preciso instante en que lo mencionó comenzó a sentirlo. Era un calor particularmente extraño. El foco ígneo parecía hallarse en el bajo vientre, sin embargo, no podía precisar el punto de ignición. Se expandía de una manera apenas perceptible pero intensa a la vez. No había la sensación de calidez que proporciona el fuego. Había, sí, un innegable e imperceptible ardor.

El calor continuaba su ascenso, en intensidad y alcance, ante la sonrisa aún indescifrable del negro. Recordó de pronto la hoja capturada por la imagen en el instante mismo en que era devorada por el fuego. Entonces el calor y el ardor aumentaron de tal manera que una bola de fuego rompía su carne queriendo abrirse paso hacia arriba por el tracto digestivo, ineluctablemente.

Anclada en la garganta, le impedía respirar. Ardor y picazón la quemaban con una pujanza extraordinaria. Los intentos desesperados por inhalar azuzaban el incendio en sucesivas e inflamables bocanadas. Un empuje volcánico y visceral tronó intempestivamente. Desgarró el alma y la garganta arrojando una maraña de hojas incendiadas.

Con el vaivén y la liviandad de una hoja de otoño, la maraña de hojas empezó a precipitarse a un suelo al que nunca llegaba. Empezaba un vital, inconcluso y eterno derrumbamiento.

El negro, sin dejar de sonreír, tomó las hojas, aún ardientes, e intentó separarlas. Palabra, papel, sangre, fuego y entrañas hacían parte de la inextricable maraña. Con todo y a pesar de todo, asomó el primero de los latidos; furioso, y pudo leerse:

AZora

Solo te extraño, te extraño...

Impotente, tengo toda la fuerza del mundo y no puedo devolverte. tengo toda la fuerza. toda tu fuerza y no estás y busco, desesperadamente te busco, en los amaneceres del oeste en el rejurgitado alimento que rompe la tráquea

no quiero estar sola nunca más no puedo y no estás estúpida aduleta plantada en el alma niña no quiero seguirte sosteniendo no puedo y no estás y el mundo sigue y no estás la gente ríe llora siente vive y no estás ¡no quiero que vivan!

¡que nadie viva! porque no estás Acaso no ven que no estás?

Y la vida sigue ¿Sabrán lo que es morir la vida?

¿Por qué se atreven a gozar?

¿no ven que no estás?

y muere la metáfora para nombrarte y muere el retruécano para traerte y muere la alegoría para alcanzarte muere la palabra y no puedo serte Se ahoga la lengua; ya no materna En todas las cosas, no estás tan amada transgresora que la sola idea de un dios condenara tu alma arrebatando todo consuelo

Minuto al amanecer

Lo absoluto anida en el silencio y aunque pueda parecer que la palabra separa, la palabra siempre une. Une en la diferencia, une cuando difiere.

No decir, como definición de adicción. No decir, como resguardo de lo impune. No decir.

La palabra es el poder. La palabra humaniza. La palabra rescata lo que sea. Libera y condena, acerca o aleja, Mata; sí mata. Pero no muere. La palabra es inmortal.

Por eso es que vivo, tan intensamente. Hablo, digo, profiero, charlo, peroro, converso y hago versos, monologo y dialogo, pronuncio y enuncio.

Tengo la palabra ¿qué más podría querer? Lo tengo todo. Oasis en el desierto de la existencia que te aplasta al saber que no solo no tienes la palabra, sino que la palabra te tiene a vos.

Y ¿qué importa? Que me tenga, que me lleve, que me traiga, que me arme y me desarme, me destruya y me construya. Se haga carne, corpórea. ¡La palabra descarnada! Eso no existe. La palabra me hace ser. Antes y después. Y en el eterno presente. Soy inmortal, soy palabra.

Así empezaba la mañana, sobre todo en otoño, momento en que los amaneceres eran de los espectáculos más formidables que la naturaleza ofrecía. La intensidad de los colores le llamaba particularmente la atención. No había división tajante, sin embargo, en uno y otro extremo la oposición era más que clara: iniciaba en un rojo lava y termina-

ba en un celeste grisáceo. A veces se entretenía en intentar descubrir el límite entre uno y otro matiz de colores.

Pero era ese, tal vez el único momento del día en que podía unificar un pensamiento. Hoy había sido el silencio y la palabra; otros días pensaba que ese pasaje de un color a otro, en ese matiz, en ese cambio, en esa transformación, era precisamente el lugar al que había que mirar para entenderlo todo. Debería estudiar los colores. ¿Dónde se estudiaría eso? En Bellas Artes seguramente, o en cualquier cosa relacionada a la Comunicación Visual. En fin... Lo que importaba es que... Ahí empezaba el caos cotidiano.

Era uno de esos días típicamente montevideanos. La humedad calaba en el alma. Humedad corrosiva, roedora. Se cuela imperceptible en el esqueleto; estratégicamente desgastando el sostén. De sutil entrada como política neoliberal. Te destruye como un cáncer, silencioso y tan devastador que cuando el síntoma aparece la metástasis se ha esparcido de tal manera que ni siquiera es posible encontrar el origen. Y al fin y al cabo hay tanto daño ya, que más vale ocupar la poca energía que queda en paliar la situación.

Tienes tres notificaciones de facebook

5 mensajes de instagram

7 me gusta

Siempre tuve la duda de saber qué era lo que verdaderamente había pasado entre mi madre y mi tía ¿Por qué se habían dejado de hablar? Creo que lo sabía, pero no lo recuerdo la siguiente alarma sonará en 10 minutos a fulano le importa tu post a mengano le encanta tu foto la caldera chifla, está el agua para el mate mirá el último video de portal de noticias

Creo recordar que la abuela me había contado que tuvo que venirse de Cerro Largo porque había tenido problemas con un ex marido. Y allá había dejado dos hijos graban a hombre que intentó robar un comercio la siguiente alarma sonará en 5 minutos

1 mensaje de perengano

Había un tío en la familia al que le decían tío Isabel. Recordaba eso por la particularidad del nombre. Pero nada más. Ni por qué era tío, de quién sería hermano. Pero el recuerdo era el de alguien bueno, o bondadoso al menos. Grupo de padres de la escuela, mamá de Carlitos: hola cambia tu foto de perfil con el siguiente marco para adherirte a la lucha en contra de la caza de ballenas

Pero no se puede decir esas cosas de una mujer. Es una vergüenza, mala madre.

Instagram: Filosofía del siglo XXI empezó a transmitir en vivo

Hemos actualizado la política de términos y condiciones de servicio

Aumenta la tensión en Medio Oriente

No había ya, alguien a quién escuchar, alguien a quién preguntarle sobre la partida de la abuela de Cerro Largo, o sobre la disputa de la madre con la tía o sobre el vínculo con el tío Isabel. O sobre la existencia.

Y ahora que no había bullicio. Y ahora que no había interrupciones. Había abismos por doquier, profundos huecos en la memoria.

Dios ha muerto

Todo es relativo.

La modernidad es líquida

La posmodernidad es simulacro.

Posverdad. Utopía, distopía. Cuerpos dóciles.

Fragmentación del discurso, crisis de los grandes relatos, la ruptura de la unidad aristotélica.

No era posible recuperar el relato. ¿Qué había pasado con su historia? ¿Qué es lo que pasa con todas las historias?

EL AHOGADO MÁS HORROROSO DEL MUNDO

No había realismo mágico que pudiera alterar la situación, por años habían tratado de armar relatos en torno al ahogado desde todos los estilos y corrientes literarias posibles. El ahogado era la vergüenza del Estado, pero sobre todo del pueblo, por eso lo escondían.

Hubo una ley que establecía que, al ahogarse, se había ahogado un acto de subversión que provocó una guerra. En el marco de esa guerra se produjeron ciertos sucesos que era mejor dejar en el pasado para seguir adelante, para poder avanzar. Razón por la cual, y teniendo presente de que se trató de una guerra, todo acto realizado en ese marco había caducado.

Daba igual cuál fuera el relato para devolverlo a la profundidad del mar; el ahogado volvía siempre...

Sensación de estar acorralado, no hay posibilidad real de escape. Corpóreo coral. Era como correr para huir de la luna llena; voltear cada tanto para observarla y encontrarla, ya majestuosa en medio de la profunda oscuridad del cielo nocturno; ya semiescondida tras de las ramas secas de un árbol, escurriéndose como una mujer imán de la que no se puede escapar. Presente etéreo, eterno.

El sol y la luna en la piel. Océano en los ojos, una cordillera en el pecho. En las piernas el monte, en las manos la sabana. La selva en el corazón. Un pantano en los pies.... Un bosque en la boca. Una tranquilidad irreverente. Un bosque en la boca...

Otra más, otra menos. Una más. Otra vez no sabía por dónde empezar. Ya no había discurso por simple o complejo que fuera que cambiara la realidad. No podés pensar que las cosas no han cambiado. El resultado sigue siendo el mismo. Pero antes no se sabía. Sí, se sabía. Todos lo sabíamos. Pero la opinión pública tenía otra perspectiva. Pero la opinión privada de esa misma opinión pública no ha cambiado.

Hacer una ausencia presente. La distracción no es más que atracción. Atracción de otra cosa en la que no queremos focalizar en ese momento. La insistencia de la ausencia, como el profundo contraste cromático que anida en felinos ojos. Inalterables, fijos, sin pestañeo. Estremecedoramente perturbantes en su inexpresividad.

¿Qué había pasado con su historia? Nada. Su historia no había pasado. En su historia no había pasado. Contradicción, dicción en contra. Recuerda, recuerda ¡Recuerda! En algún lugar de la memoria está todo. Concéntrate en el sentimiento, tal vez emerja. Pero la realidad puja muy fuerte. Se entromete y desaparece todo rastro. El ahogado vuelve siempre... Hay cosas que no pueden ahogarse.

Atracción a tracción. Acéfalo, céfalo, fálico, itifálico. Problemas de envergadura, en verga dura. Forcejear, cejar. Penetrar, pene entrar. Destrozar, trozar. Estupro. Es tu problema, el lema inmunidad, impunidad, inmundicia impune, *homo homini lupus*. No, el lobo es el hombre de la mujer.

¿Cómo amar? Ya no era posible. Amar coherentemente. Solo podía sentir. Sexo y amor ya no iban de la mano. ¿O sí? El punto de partida ¿será la intimidad? De íntimo a éxtimo *Lúbrico*

Alerta de sentidos, hiende lo inefable para la plétora experiencia siempre novel,

Nueva

De roce, de goce, del lúdico encastre impúdico

Rugido mudo, ancestral, animal, deviene gimoteo

En Sintonía... original sinfonía

Se estrena en cada encuentro, se entrena

Conexión, con acción. Lo conexo, cóncavo y convexo

Fluidez corpórea, etérea

Trémula tensión entra... entre...

Irresoluto deseo, del sexo, del seso

Del ludir de la hirviente carne

Ritmo sistólico, diastólico

Fluido frenesí, vertido en el desborde y en el goteo...Unión, en confusión, la fusión del éxtasis que no acaba ni aun cuando acaba...

Todo parece muy ligado a lo inmediato. Recuerda, recuerda. Haz el esfuerzo, libérate de la carne, andá más profundo. No sé cómo. Pensá, algo en lo que normalmente no pensarías. Algo en lo que a propósito no quieras pensar. Cuando decidimos pensar en eso que deliberadamente ocultamos pueden surgir muchas cosas. Y el relato se va armando. La experiencia de la carne es muy intensa sí, pero andá más adentro. 11 y 6, en la radio suena 11 y 6 de Fito

11 y 6

Debería hablar de ti, pero elijo el silencio ¡Pero si es poeta!

Amor al prójimo, amor al ser humano, amor al otro

Amor a sus congéneres

Amor maternal

Amor filial

Amor ante el odio

Amor ante el dolor

Amor ante el sufrimiento

Amor por la alegría

Amor por la belleza

Amor por la poesía

Amor a la palabra

Amor a la vida

Amor para sanar

Amor para llorar

Amor para amar

Amor a, ante, por y para

Debería hablar de ti pero elijo el silencio

Debería hablar de ti pero, después de tantos años, aún no puedo

No poder, en definitiva, es lo mismo que no saber. Tenés que desgarrar para ir más abajo, más, mucho más. Pensá, ¿qué día es hoy? 18 de marzo

Hoy es 18 de marzo y me esfuerzo en recordar cada 18 de marzo de los últimos cuarenta años. Nada. Nadie cumplía años

Ningún aniversario

Nada que conmemorar

Nada que destacar

No hay anécdotas Y sin embargo...

Un día como cualquiera que no fuera 10 de julio ni 16 de setiembre

Distante incluso de estos

Un 18 de marzo que no es preámbulo ni epílogo de nada

Seguramente habremos desayunado y trabajado y almorzado y vuelto a casa y conversado

Seguramente nada fuera de lo cotidiano habrá ocurrido

Seguramente no hubo emociones lo suficientemente fuertes como para fijar un 18 de marzo en la memoria Y sin embargo...

Hoy es 18 de marzo y no hay recuerdo que llene el vacío del ayer... del hoy

No hay recuerdo

No hay rastro de la presencia que tan contundente y absoluta tomó todos los espacios de lo cotidiano tan abrumadoramente

La ordinaria presencia resoluta de ayer se tornó en las irresolutas y extraordinarias ausencias de cada hoy

La gama de colores del horizonte se esfumó. Y había amanecido completamente. El día empezaba.

Todo era caos, y en la lucha por unificar el pensamiento, el pensamiento corría el riesgo de volverse único.